

NOSOTROS LOS PUEBLOS

JESÚS MARÍA ALEMANY

“Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas resueltos a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles...y con tal finalidad a practicar la tolerancia y a convivir en paz como buenos vecinos...hemos decidido unir nuestros esfuerzos...” Así comienza la Carta de Naciones Unidas firmada el 26 de junio de 1945 en San Francisco por 51 países entrada en vigor el 24 de octubre. En 2020, en pleno zafarrancho mundial, con la Covid19 todavía desbocada y un millón de fallecidos, ¿merece la pena conmemorar los 75 años de la Organización de Naciones Unidas?

Muchos ciudadanos del mundo piensan legítimamente que la ONU no ha servido a los fines para los que fue creada y apenas puede responder a los nuevos retos globales que tiene el mundo como la pandemia o el cambio climático. Renacen actitudes de individualismo, nacionalismo, aislamiento, proteccionismo, desconfianza mutua. Es cierto que Naciones Unidas no es un organismo apto para una gobernanza universal como parecen exigir los problemas globales actuales. Pero olvidamos que no es un organismo supraestatal sino interestatal que no puede ir más allá de lo que quieran los gobiernos. El Consejo de Seguridad, única instancia universal vinculante en derecho internacional, está secuestrado por el derecho de veto de los cinco vencedores de la Guerra Mundial. Hoy son 193 países miembros de Naciones Unidas y resulta injusto que sólo los poderosos puedan hacer valer sus derechos. Además, la contribución al presupuesto de la ONU es cubierta en una parte substancial por los Estados Unidos de América, que con la amenaza de no pagar –muy verosímil en la era Trump- puede bloquear la institución.

Sin embargo, la alternativa sería fortalecer el multilateralismo, asumir una corresponsabilidad mundial para los problemas globales de la familia humana; o dar preferencia a las actitudes de autosuficiencia y nacionalismo que suelen descartar las periferias del mundo. Hoy por hoy el único lugar de encuentro universal con todos sus defectos es la ONU. Su reforma constituye una necesidad y una oportunidad para hacer frente juntos a nuestro futuro. Hay que reconocer la diferencia entre la valoración que merecen las agencias especializadas del Sistema ONU en Ginebra o Viena (UNESCO; UNICEF, OMS...) y el estancamiento que muestran los órganos políticos en Nueva York (Asamblea General y Consejo de Seguridad). De esta crisis no se sale igual: salimos mejores o peores. Unas Naciones Unidas reformadas serían un buen instrumento.